



Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XI	San Salvador, Centro América—Marzo de 1956	Número 102
--------	--	---------------

ORIENTACION

Resplandores que jamás se extinguen

De extraordinaria se debe calificar la difusión que el último Mensaje Pontificio de Navidad ha tenido por todo el mundo. Según noticias, once redes de radiodifusión la extendieron directamente por varios países; otras 18 emisoras lo registraron para transmitirlo en horas adecuadas. Tan sólo en Alemania 7 estaciones lo retransmitieron en hora diferida y finalmente la misma Radio Vaticana lo difundió en 30 lenguas diversas.

Las grandes agencias informativas dieron a conocer el Mensaje por todo el mundo. Unas en su texto completo; otras en resúmenes que varían entre las 2.000 a 7.500 palabras.

Y se puede decir que lo han comentado la casi totalidad de los diarios y revistas del mundo. Europa y América, África, Asia y Australia en sus más remotas regiones, cristianos y paganos han escuchado las paternales palabras de quien no sólo por derecho divino sino también por aceptación humana viene siendo considerado el Padre Espiritual de la humanidad, el Obispo o vigilante católico como él mismo se firma en algunos documentos.

Sería defraudar a nuestros lectores si nuestra revista no hiciera suya la Orientación pontifica cuyo contenido ha sido reputado tan importante que haya obtenido una aceptación tan universal en todos los medios propagandísticos de la actualidad.

TRES ACTITUDES DEL HOMBRE MODERNO.

De la cunita de Belén brotan resplandores inextinguibles. Pero no todos los hombres, como desearía el Papa ardientemente, se dejan envolver por ellos.

Los que admiran la potencia humana externa. *Hombres inclinados a medir la propia estatura por la potencia de sus instrumentos, de sus organizaciones y de sus armas que hablan ya de orgulosamente de una edad de bienestar fácil, como si la tuvieran al alcance de su mano y que deslumbrados del poder limitado que brota de las obras humanas se resisten al íntimo estímulo de buscar su origen y su perfección fuera y por encima del mundo de la ciencia y de la técnica.*

Navidad no tiene para ellos otro contenido que el que puede expresar una cuna: sentimientos más o menos vivos, pero únicamente humanos si es que no se encuentran oprimidos por el mundanal ruido que profanan hasta el simple valor estético y familiar que la fiesta de Navidad, a modo de reflejo lejano, irradia de la grandeza de su misterio.

Los que buscan una vida interior falsa en los repliegues solitarios de sus almas decepcionadas de la brutalidad vestida de humanidad que, según ellos, presenta la sociedad actual. Estos denuncian ásperamente el esplendor externo de su fachada, niegan todo crédito al hombre y no ocultan el profundo disgusto que su exaltación provoca en sus almas.

Los tales viven en una soledad desdeñosa, casi desesperada, sugerida por el temor y la incapacidad de establecer un orden externo satisfactorio, olvidados de que el hombre no está solo sino que convive con Cristo, y compartiendo sus pensamientos y su acción se acerca a El como amigo, como discípulo y casi como colaborador y se ve empujado y sostenido por El cuando ha de empeñarse por establecer el mundo externo regido por las normas divinas ya que El es "el pastor y custodio de nuestras almas". (1 Petr. 2,25).

Los indiferentes e insensibles. *Forman la gran masa intermedia de los que se dicen satisfechos si logran vivir del momento, únicamente interesados en la máxima disponibilidad y continuidad asegurada de bienes exteriores sin temores de la más mínima merma en su tenor de vida.*

Ni la grandeza de Dios, ni la dignidad del hombre, ambas admirablemente exaltadas en el misterio de Navidad, hacen impresión en estos espíritus pobres, insensibles e incapaces de dar un sentido a la vida.

UN MUNDO SIN SALIDA, UNA CASA SIN TEJADO.

Ignorada y rechazada la presencia de Dios encarnado, el hombre moderno ha construido un mundo lleno de incoherencias en el que las maravillas se confunden con las miserias, un mundo con una vida sin salida o explicación satisfactoria, una casa provista de todo, pero que falta de tejado no puede ofrecer la esperada seguridad a sus moradores. En algunas naciones, efectivamente, no obstante el enorme desarrollo del progreso exterior, y aun estando asegurado el mantenimiento material a todas las clases del pueblo, se insinúa y se propaga un sentimiento de malestar indefinible, una expectación ansiosa de algo que debe acaecer.

¿Qué es lo que nos falta?

La humanidad no puede impunemente rechazar y olvidar el hecho de haber venido y habitado Dios en la tierra, porque ese hecho es en la economía de la Providencia esencial para establecer el orden y la armonía entre el hombre y

sus cosas y entre estas y Dios. El Apóstol San Pablo describe la totalidad de este orden en una síntesis admirable: "Todo es vuestro y vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios" (1 Cor. 3,23). Quien de esta indestructible ordenación quisiese excluir a Dios y a Cristo, reteniendo de las palabras del Apóstol únicamente el derecho del hombre sobre las cosas, causaría una fractura esencial en el designio del Creador. El mismo San Pablo le acosaría con aquella admonición: "Nadie se glorie en los hombres" (1 Cor. 3,22).

Por lo tanto, si el llamado progreso no es conciliable con las leyes divinas del orden mundial, no es ciertamente un bien ni un progreso, sino un camino hacia la ruina. Del epílogo ineluctable no nos preservarán ni el arte perfeccionado de la organización, ni los métodos desarrollados del cálculo, los cuales no pueden crear la íntima solidez del hombre y mucho menos sustituirla.

JESUCRISTO REY DE LA HISTORIA, CENTRO DE LA VIDA HUMANA.

Solamente Jesucristo da al hombre su íntima firmeza. Tomando una verdadera naturaleza humana, bien que fuese Dios desde toda la eternidad, indica que pretendía ofrecerse por guía y sostén de los hombres en la historia y la sociedad.

La experiencia moderna muestra precisamente que el olvidar o desatender la presencia de Cristo en el mundo ha provocado el sentimiento de extravío y la falta de seguridad y de estabilidad propia de la era técnica.

El olvido de Cristo ha llevado también a desatender la realidad humana, puesta por Dios como fundamento de la convivencia en el espacio y en el tiempo.

Jesucristo no sólo es el firme sostén de la humanidad en la vida social e histórica sino también en la de cada cristiano, de modo que "como todas las cosas fueron hechas por medio de El y ninguna sin El" (Jo. 1,3) así ninguno podrá jamás llevar a cabo obras dignas de la sabiduría y de la gloria divina sin El.

El concepto de que toda vida humana necesariamente ha de completarse y fundarse en Cristo fue inculcado a los fieles desde los albores de la Iglesia por el Apóstol Pedro cuando en el pórtico del templo de Jerusalén proclamó a Cristo "el autor de la vida" (Act. 3,15) y por el Apóstol de las gentes: "Vosotros —escribía— fundad vuestra existencia no en la carne sino en el espíritu, si de veras el espíritu de Dios habita en vosotros. Porque si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no pertenece a Dios (Rom. 8,9). Todo redimido por consiguiente como "renace" en Cristo, así se encuentra gracias a El "seguro en la fe" (Jo. 3,3; 1 Petr. 1,5).

La ley de la limitación es propia de la vida terrena y de su imperio no se sustrajo ni el mismo Jesucristo en cuanto Hombre, cuya acción tenía límites fijados por los inexcrutables planes de Dios y conforme a la misteriosa operación conjunta de la gracia divina y la libertad humana. Sin embargo, mientras Cristo-Hombre limitado en su vida terrena nos conforta y confirma en nuestra limitación, Cristo Dios nos infunde un aliento superior porque tiene la plenitud de la sabiduría y del poder.

Sobre el fundamento de esta realidad, el cristiano que se dispone animoso y con todos los medios naturales y sobrenaturales a edificar un mundo según

el orden natural y sobrenatural querido por Dios, elevará constantemente la mirada a Cristo y contendrá su acción dentro de los confines determinados por Dios. Desconocer esto sería querer un mundo contra la disposición divina y por lo mismo pernicioso para la misma vida social.

LAS LINEAS ESENCIALES DEL ORDEN SOCIAL.

La seguridad y la íntima firmeza de la convivencia humana hay que buscarla en la dirección de que vuelva nuestra mente a conservar y despertar los principios de la verdadera naturaleza humana querida por Dios.

Existe en efecto un orden natural, aunque sus formas accidentales cambian con los progresos históricos y sociales; pero las líneas esenciales han sido y son aún las mismas: la familia y la propiedad, aunque con las adaptaciones necesarias a nuestros tiempos; luego como factores complementarios de seguridad, las entidades locales y las uniones profesionales y finalmente el Estado.

Rechazamos —dice Su Santidad— el comunismo como sistema social en virtud de la doctrina social cristiana y debemos afirmar en particular los fundamentos del derecho natural. Por la misma razón rechazamos asimismo la opinión de que el cristianismo deba considerar hoy el comunismo como un fenómeno o una etapa en el curso de la historia, como si fuese un necesario "momento" evolutivo de ella y que por lo tanto hay que aceptarlo como decreto de la Providencia divina.

Pero al mismo tiempo de nuevo y con el mismo espíritu de sus predecesores nos amonesta a los cristianos de la era industrial a no contentarnos con un anticomunismo fundado en el lema y en la defensa de una libertad vacía de contenido y nos exhorta a que edifiquemos más bien una sociedad en la cual la seguridad del hombre repose sobre el orden moral que refleja la verdadera naturaleza humana y cuya necesidad y repercusiones ha expuesto muchas veces.

En estos principios y normas esenciales se inspiraron hasta aquí en la teoría y en la práctica los hombres inspirados en el cristianismo para realizar, en cuanto estaba en su poder, el orden que garantiza la seguridad. Pero a diferencia de los modernos, nuestros antepasados sabían que las fuerzas humanas son intrínsecamente limitadas y por eso recurrían a la oración para obtener que un poder mucho más alto supliese su insuficiencia. En cambio el descuido de la oración en la llamada era industrial es el síntoma más relevante de la pretendida autosuficiencia de la que se gloria el hombre moderno. Son demasiados los que hoy, teniendo como superada por la técnica la petición que el Señor puso en los labios de los hombres: "El pan nuestro de cada día 'dánosle hoy'" (Mat. 6,11) no oran o a lo más la repiten sólo con los labios, sin una persuasión íntima de su perenne necesidad.

AMONESTACION A LOS CRISTIANOS.

Los cristianos deberíamos saber mejor que los demás que el Hijo de Dios hecho hombre es el único y sólido sostén de la humanidad, aun en la vida social e histórica, y que al tomar la naturaleza humana, ha confirmado la dignidad de ésta como fundamento y norma de dicho orden moral. Es, pues, nuestro principal oficio lograr que la sociedad moderna vuelva a estructurarse sobre los principios consagrados por el Verbo de Dios hecho carne.

Si los cristianos descuidásemos este oficio nuestro dejando inactiva en cuanto de nosotros depende la fuerza ordenadora de la fe en la vida pública, cometeríamos una traición contra el Hombre-Dios que apareció visible para nosotros en la cuna de Belén.

Y valga esto para atestiguar la seriedad y el motivo profundo de la acción cristiana en el mundo y juntamente para disipar cualquier sospecha de pretendidas miras de prepotencia terrena de parte de la Iglesia.

Al consagrarse los cristianos a promover el bienestar común no desprecian a los demás, quienes por su parte, si son dóciles a la luz de la razón, podrían y deberían aceptar de la doctrina cristiana al menos lo que se funda en el derecho natural.

Guardémonos de los que desprecian el servicio que los cristianos prestan al mundo y le oponen el cristianismo "puro" y "espiritual". Estos ciertamente no han comprendido esta divina institución, comenzando por su fundamento: Cristo verdadero Dios, pero también verdadero hombre. El apóstol San Pablo, nos da a entender la voluntad integral y plena del Hombre-Dios que mira a ordenar también este mundo terreno al tributarle a honor suyo dos títulos elocuentes: el de "mediador" y el de "hombre" (L. Tim. 2,5). Hombre sí, como lo es cada uno de sus redimidos.

EL TRABAJO Y LA PERSONA HUMANA.

A vista del sorprendente desarrollo de la técnica y más frecuentemente aún en virtud de sugerencias recibidas, la sociedad productora se presenta al trabajador como la realidad viva y única, su único firme apoyo para el presente y para el porvenir. Ella acaba por ser para él un sucedáneo de la religión.

Ni la fuerza creadora del trabajo, como tampoco ningún otro poder o actividad de naturaleza económica, merece ser divinizada por los hombres modernos. Aun en la época de la técnica la persona humana, creada por Dios y redimida por Cristo sigue elevada en su ser y en su dignidad, y por lo mismo tiene una consistencia muy superior. Así consolidado, aun el trabajo humano es un elevado valor moral y la humanidad trabajadora una sociedad que no sólo produce objetos sino que glorifica a Dios.

IMPOSIBLE UNA COEXISTENCIA GENERAL.

Al hombre religioso y cristiano le echan en cara algunos que es un obstáculo para la paz porque no esconde silenciosamente en lo íntimo de la conciencia sus convicciones religiosas. Afirman que semejante cristianismo hace al hombre dominante, que lo induce a defender posiciones que ya carecen de sentido, en vez de mostrarse abierto a todo y a todos y de confiar en que en una general coexistencia, la fe viva e íntima como "espíritu de amor", a lo menos en la cruz y el sacrificio, aportaría a la causa común una valiosa contribución.

En este erróneo concepto de la religión y el cristianismo ¿no nos hallamos por ventura de nuevo frente al falso culto del sujeto humano y de su concreta vitalidad transportado a la vida sobrenatural? El hombre frente a opiniones y sistemas opuestos a la verdadera religión, sigue siempre sujeto a los límites establecidos por Dios en el orden natural y sobrenatural.

En atención a este principio nuestro programa de paz no puede aprobar una coexistencia general con todos y a cualquier precio, ciertamente nunca a costa de la verdad y de la justicia. Estos límites irremovibles exigen pleno respeto.

UN DEBER DE CONCIENCIA DE LOS PUEBLOS Y SUS GOBERNANTES.

Su Santidad para terminar se refiere a la reciente proposición encaminada a suspender mediante acuerdos internacionales los experimentos de las armas nucleares. Se trataría, pues de tres medidas: renuncia a las experiencias con armas nucleares, renuncia al empleo de tales armas e inspección general de los armamentos. Y no duda en afirmar que el conjunto de esas tres medidas como objeto de un acuerdo internacional es un deber de conciencia de los pueblos y de los gobernantes porque el motivo de su obligación moral es también la constitución de una seguridad igual para todos los pueblos. Si en cambio se llegase a la ejecución del primer punto solamente, se tendría un estado de cosas que no realizaría aquella condición, tanto más que se daría suficiente razón para dudar de que se refiere realmente llegar a la conclusión de los otros dos convenios.

LA PACIFICACION PREVENTIVA.

Por lo demás los esfuerzos por la paz deben consistir no sólo en medidas que tienden a restringir la posibilidad de hacer la guerra sino también en prevenir o eliminar o mitigar a tiempo las contiendas entre los pueblos que pudieran provocarla. El Santo Padre alude a focos de disensiones entre algunos pueblos europeos y otros extraeuropeos que aspiran a la independencia política, con provecho quizá de un tercero que, en fin de cuentas, ninguno de los dos grupos lo quiere ni lo puede querer.

De todos modos no se debe negar u obstaculizar a esos pueblos una justa y progresiva libertad política. Los pueblos de Occidente, especialmente de Europa, en vez de permanecer inactivos lamentando inútilmente lo pasado o acusándose de colonialismo, deberían más bien darse a una labor constructiva para extender a donde todavía no han llegado los genuinos valores de Europa y el Occidente, porque cuanto más tiendan a esto tanto más contribuirán a las justas libertades de los pueblos jóvenes y éstos quedarán preservados del falso nacionalismo, su verdadero enemigo que les excitara un día a los unos y a los otros con provecho de terceros.

CONCLUSION.

La humanidad de hoy, culta, poderosa, dinámica tiene acaso mayores títulos a una felicidad terrena en la seguridad y la paz, pero no logrará convertirla en realidad sino cuando en sus cálculos, en sus planes y en sus discusiones haya incluido el factor más alto y resolutivo: Dios y su Cristo. Vuelva a los hombres el Dios-Hombre, Rey reconocido y obedecido, como espiritualmente vuelve todas las Navidades a recostarse en la cuna para ofrecerse a todos. He ahí el augurio que el Santo Padre expresa a la gran familia humana, seguro de indicarle el camino de la salvación y la felicidad.